



ENTREVISTA



La cita tiene lugar en pleno verano, durante una tarde de viernes extrañamente calurosa en un bar del Marais parisense. Jean Echenoz ojea un libro en la terraza con sus anteojos en la mano, una camisa azul celeste a juego con sus ojos, cabellos peinados de derecha a izquierda y una sonrisa tímida, entre cómplice y algo avergonzada, dirigida a las dos jóvenes que lo han reconocido desde la mesa vecina. La repetirá al presentarse, con una amabilidad sincera, pero que no logra neutralizar la inquebrantable firmeza con la que defiende su privacidad. "Contar mi vida no me interesa en absoluto", advertirá desde el principio. Nada que ver –nada– con la ostentación biográfica y los delirios

de grandeza con los que se suele caricaturizar al escritor-tipo de las letras francesas, muchas veces con algo de razón.

Echenoz, que cumplirá 63 años en diciembre, está dejando de fumar. Por eso masca con fastidio un chicle de nicotina. Será una de las cosas más íntimas que nos contará hoy entre pausas alargadas. "Acomodado con la mirada y la sonrisa apropiadas, el silencio puede dar excelentes resultados", escribía en *Me voy*, tal vez la más conocida de sus trece novelas. Su prosa es diáfana, breve y concisa. Alérgica a las subordinadas, sin ningún síntoma de ombliguismo, y tan severa respecto al gasto desmedido de palabras como el más estricto de los planes de rigor económico. Su literatura pa-

rece tan alejada del exhibicionismo imperante como el personaje que sostiene la pluma, del que la práctica totalidad de sus compatriotas conoce el nombre, pero cuyo rostro pocos sabrían señalar en una rueda de identificación.

El último libro del escritor francés se titula *Correr*. Se trata de una biografía novelada –en la estela de la que escribió acerca del compositor Maurice Ravel hace cuatro años– sobre el atleta Emil Zátopek, corredor de fondo que durante los años 1950 se ganó el apodo de "la locomotora checa". Pese a correr con zancada corta y sincopada, gestos rígidos de autómatas y los brazos en molinillo, Zátopek logró convertirse en el corredor más importante de su época. "Nunca, nunca hizo nada como los



JEAN ECHENOZ

La soledad del corredor de fondo

El escritor francés ha elegido al corredor Emil Zátopek, campeón mundial de distancias largas pese a que no le gustaba el deporte, como protagonista –¿y posible áter ego?– de su nueva novela, “Correr” (Anagrama/Empúries), con la que prosigue con el registro biográfico que tan buenos resultados le dio en “Ravel”.

texto ÁLEX VICENTE fotos LAURENT LECLERC

demás. Y eso que era un tipo como todo el mundo”, escribe Echenoz.

Un atleta simpático

¿Qué le condujo hacia el mundo del atletismo?

El atletismo nunca me ha interesado en absoluto. Tal vez por eso lo escogí como tema: porque me resultaba totalmente exótico. De entrada pensé en un ciclista o en un piloto de Fórmula 1, pero me pareció que implicaba una parte demasiado técnica de la que no me apetecía hablar. Así que decidí trabajar con un deporte más pobre, sin máquinas ni accesorios. De hecho, soy una persona muy poco deportiva. El único deporte que practico es la literatura. De todas formas, reconozco que el único recuerdo positivo que conservo respecto a la práctica

deportiva tiene algo que ver con el atletismo. Cuando era muy joven, en el instituto, me obligaron a correr carreras. A mí no me interesaba en absoluto, pero descubrí que no se me daba mal del todo. Era una actividad inclasificable, que provocaba en mí una sensación de libertad absoluta.

Tal como sucede con Zátopek, que descubre su talento por casualidad.

¿Conocía bien al atleta?

Sólo de nombre. De hecho, la sonoridad del nombre fue uno de los motivos principales para escogerlo como protagonista de mi novela. Y digo novela, porque lo que escribo es novela y no biografía.

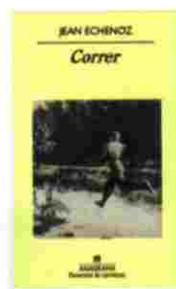
¿Escribió el libro sin ningún escrupulo biográfico?

No es eso. La verdad es que fui muy fiel a los hechos y muy respetuoso

con los personajes. Me pasé cuatro meses encerrado en la Biblioteca Nacional, leyendo el diario deportivo *L'Équipe* en microfilm, que le aseguro que es bastante cansino para la vista. Leí todos los números de 1946 a 1957. Pero, al mismo tiempo, lo que escribo no es una biografía en sentido estricto. He hecho un trabajo de escultor a partir de la información que había recogido. Y lo he hecho con un margen de libertad novelesca.

Ponga algunos ejemplos.

Me he permitido ciertas hipótesis y la reconstrucción de algunas escenas. Por ejemplo, cuando Zátopek es entrevistado por un periodista francés en Praga. Cuando leí el artículo, teniendo en cuenta la época histórica, me dio la sensación de que se trataba de una entrevista controlada. Así que



Correr

Jean Echenoz
Anagrama/Empúries
144 págs. 14,50 €.



ENTREVISTA | JEAN ECHENOZ

lo conté según ese punto de vista sobre lo que sucedió. Por otra parte, he intentado personalizar las siluetas que aparecían de manera tangencial en la prensa, tratando a esos personajes reales como trato a los personajes de mi ficción pura y dura.

En *Ravel* traslucía su admiración por el personaje. Y lo mismo vuelve a suceder en este libro. ¿Qué le gustaba de Zátopek?

Zátopek se convirtió en un hombre universalmente famoso, pero al mismo tiempo conservó una especie de modestia, de humildad y de distancia. Estoy convencido de que sentía un enorme orgullo respecto a sus proezas –y no es para menos–, pero todo el mundo estaba de acuerdo en que era un hombre de una increíble amabilidad. Incluso con los periodistas [trisas]. Detecté en él una especie de simplicidad que se opone a la imagen del deportista contemporáneo, rebosante de dinero y de desprecio por los demás. Todo lo que he leído de Zátopek lo convertía en un personaje de una enorme simpatía. Creo que me encariñé con él por ese motivo.

¿Empatiza con la imagen del corredor de fondo, curtido en las distancias largas?

Cuando uno escribe durante tantos años, tal vez acabe adquiriendo los rasgos de un corredor de fondo. Soy consciente que no elijo mis personajes por casualidad. Pero, al mismo tiempo, nunca he tenido la más mínima intención de proyectar mis problemas o inquietudes personales en ellos. En lo que nos parecemos es en la forma de administrar las energías. La construcción de una novela también exige cambiar de ritmo, de tempo. Hay que introducir variaciones, igual que en la carrera y en la música. ¿En la vida? Eso es otro asunto.

El deporte literario

¿En qué se parecen literatura y deporte?

La literatura también es una actividad muy física y agotadora, aunque a menudo mucha gente no sea capaz de entenderlo. Claro, todo lo que hacemos es sentarnos durante horas ante



Echenoz cerrará durante el octubre francés su trilogía biográfica: *Ravel*, *Zátopek* y *Tesla*.

una hoja de papel. Pero, mientras lo hacemos, el cuerpo trabaja al mismo nivel que la mente. En el acto de escribir existe una tensión que me parece bastante deportiva. Y que conste que no me quejo, porque se trata de una fatiga exaltante. Después, escribir también exige un entrenamiento cotidiano, aunque no lo veo como una disciplina o una ascesis que me impongo a mí mismo. Se trata más bien de un trabajo cotidiano para mantener vivo mi proyecto.

Correr se centra en las relaciones del atleta con el régimen socialista. Zátopek es una figura libre, que corre a velocidad récord, pero a la vez es un personaje dócil respecto al sistema político.

Sí, existe una contradicción entre la práctica del deporte y el uso social que se hace de él en el contexto de la Checoslovaquia de la Guerra Fría. Correr contra la coacción y la presión política –que, efectivamente, acepta con docilidad hasta la Primavera de Praga– me pareció un destino intere-

sante. Por un lado, Zátopek practica una actividad marcada por la libertad total. Por el otro, se convertirá en un símbolo del sistema. En un emblema, un rehén y un instrumento de propaganda. Convertido en héroe nacional, Zátopek jugó un papel importante en la legitimación del socialismo, fue embajador del bloque del Este alrededor del mundo.

En el libro también aparece una reflexión sobre la vejez. Por ejemplo, Zátopek no monta ningún drama cuando su joven contrincante Kuts consigue ganarle. ¿Entiende esta reacción?

Zátopek nunca se sintió como alguien especial, sino como un hombre que hacía las cosas lo mejor que podía y que siguió adelante en su camino, en su carrera. Y yo hago lo mismo. Nunca me he sentido un prodigio. Veo que la vejez se aproxima, pero no me preocupa en exceso. Mi único objetivo es seguir escribiendo. Cada libro engendra al siguiente. Y, al mismo tiempo, cada nuevo libro



se enfrenta y se opone al último. Se escribe en oposición a él. Es bueno tener la ilusión de cambiar como escritor con cada libro que publico. Aunque en el fondo estoy convencido de que siempre termino escribiendo sobre los mismos asuntos.

¿Cuáles diría que son sus temas predilectos?

El movimiento, el desplazamiento, la huida y la búsqueda. En cierta manera, siempre escribo sobre la movilidad. Creo que nunca seré capaz de escribir un *huis clos*, un relato a puerta cerrada. Lo curioso es que, en mi vida personal, soy alguien bastante sedentario. En vista de la separación entre lo que escribo y lo que hago, diría que la literatura constituye una especie de vida imaginada o soñada. Imagínese: acabo de cambiar de piso por primera vez en veinticuatro años. Ya empezaba a ser hora, aunque me haya dado cierta lástima dejar el barrio de Belleville, donde he vivido hasta ahora.

¿Escribir es para usted una necesidad fisiológica?

Sin duda. Es el único campo en el que tengo la sensación de ser útil. Bueno, utilizar la palabra útil es excesivo. No creo que sea útil para los demás, pero en todo caso lo soy para mí mismo. Sin ese motor, no me siento bien y no soy feliz. Se trata de algo que quise hacer desde la infancia, aunque suene idiota decir algo así. Lo retrasé todo lo que pude, porque no tenía claro cómo materializar esta práctica. ¿Que qué me frenaba? El hecho de no terminar nada. Escribía páginas y páginas, pero en el fondo no trabajaba los textos. Me costó entender que tenía que trabajar sobre lo que había escrito en lugar de seguir escribiendo sin parar. Justo antes de cumplir los treinta, me lancé.

Rigor y concisión

¿Tiene la sensación de ser un personaje aparte dentro del mundo literario francés?

No tengo la menor idea. Me cuesta razonar de esta manera. Si lo soy, tal vez sea por la influencia del momento en que empecé a escribir. En la Francia de finales de los 1970, la

novela estaba muy poco valorada. Todo el mundo prefería la teoría, la lingüística, la filosofía o las ciencias humanas. Así que tuve que desviarme hacia la literatura anglosajona y la de género, como la de aventuras o la novela negra, para encontrar mi camino. Stevenson o Joseph Conrad fueron importantes.

Es curioso, porque a menudo se le relaciona con el *nouveau roman*, la corriente renovadora en la literatura francesa liderada por Alain Robbe-Grillet, que precisamente defendía una literatura diametralmente opuesta a la de Stevenson.

Se me asocia al *nouveau roman* porque publico en la misma editorial que los grandes nombres vinculados a él [Les Éditions de Minuit]. No niego que en su momento resultara importante para el escritor en que acabé convirtiéndome. La lectura de Robbe-Grillet a los diecisiete años fue como si alguien abriera puertas y ventanas en mi cabeza. Pero no creo que ejerza una influencia directa sobre lo que hago. El *nouveau roman* fue un momento de apertura, pero también tuvo efectos inversos. Mucha gente que tenía una idea más clásica de la novela se sintió marginada, como si ya no tuviera derecho a escribir más. Muchas cosas en la ficción francesa quedaron prohibidas porque una panda de modernos dijeron que el personaje principal no existía y que la psicología debía brillar por su ausencia. Así que *el nouveau roman* tuvo efectos liberadores, pero también esterilizantes.

Un adjetivo que se suele utilizar para describir su prosa es "minimalista".

Me parece una auténtica idiotéz. No soy minimalista en absoluto. Lo que tengo es una gran preocupación por la economía del texto. No creo que se deban malgastar las palabras. Pero, cuando describo un objeto o un lugar o un personaje, nunca aspiro al mínimo, sino al máximo. Quiero ser lo más preciso posible. Eso sí: sin redundancias, sin repeticiones innecesarias e intentando sustraer de la versión definitiva todo que es accesorio. Soy favorable al rigor y no

me gustan las tentaciones barrocas. Lo que me gusta es la concisión, que no tiene nada que ver con el minimalismo.

¿Habrà otro volumen biográfico tras *Correr*?

Sí, habrá uno más: *Des éclairs* ("Relámpagos"), que se publica en Francia a finales de octubre. Hablo del científico Nikola Tesla, acreditado

"Detecto en Zátópek una simplicidad que se opone a la imagen del deportista de hoy."

como inventor de la radio y de la corriente alterna, entre muchas otras cosas. Quería escribir un libro sobre un político y ya tenía elegido a Subhash Chandra Bose, un contemporáneo de Gandhi en la India de los 1940. Lo abandoné porque Tesla me interesaba más, aunque lo conocía poco. Éste será el último volumen biográfico. Tengo ganas de volver a la novela pura, aunque no sé qué forma adoptará. La verdad es que este ciclo biográfico ha sido lo más difícil que he escrito nunca. *Ravel* fue una novela casi imposible de terminar. La abandoné varias veces y estaba casi convencido que no conseguiría acabarla. Las dos siguientes han sido más fáciles, tal vez porque ya tenía más engrasado este dispositivo a medio camino entre los hechos y la ficción.

¿Tienen en común los tres personajes el hecho de "correr raro, pero no correr mal", como escribe sobre Zátópek? Ninguno de los tres parecía que fuera a ganar sus respectivas carreras con la técnica que habían elegido. Y, sin embargo, lo consiguieron.

Exacto. Los tres tienen trayectorias vitales muy singulares. Incluso Ravel, que puede parecer menos singular, es un personaje increíblemente misterioso. Lo leí todo sobre él y, cuanto más sabía, menos entendía. Es un personaje lleno de misterios, casi indescifrable. Aunque igual todos lo somos un poco, ¿no cree? ■